

Sobre el
tractatus
LOGICO-PHILOSOPHICUS
DE LUDWIG

wittgenstein teorema

número monográfico

CON LAS COLABORACIONES
ORIGINALES DE:

D. Pears.—B. Wolniewicz.—K. Lorenz.—D. Favrholt.—J. Ll. Blasco.—F. Spisani.—A. García-Suárez.—J. Hartnack.—M. Garrido.—F. Vera.

Y la versión castellana de «Notes on Logic», de Wittgenstein.

P. v. p. 250 ptas.,
y tarifa especial para suscriptores.

Extranjero: 6 \$.

TEOREMA

REVISTA DE LOGICA
FILOSOFIA DE LA CIENCIA

Vol. III/2-3, 1973.

Colaboran:

G. Radnitzky.—J. D. Quesada.—R. Beneyto.—J. A. del Val.—J. Sanmartín.—FAEG.—G. Quintás.

Entrevista a Max Horkheimer.

Vol. III/4, 1973.

Colaboran:

M. Bunge.—J. Mosterín. F. Montero.—J. Rodríguez Marín.—D. Aisa.—J. L. Tizón.—J. A. del Río.—A. Sanz.

Departamento de Lógica, Facultad de Filosofía, Paseo al Mar, 22, Valencia (España).

Suscripción anual:

España: 250 pesetas.

Europa y América: 7 \$.

ARTE • LETRAS • ESPE

domina y maneja el deportista Lupin. Como bandolero legendario, él reparte la verdad según los merecimientos de cada uno; no es difícil imaginar en Maurice Leblanc a un crítico de su tiempo sublimado en su personaje sin duda frívolo, pero admirablemente dinámico. Su contemporáneo Proust propondría un análisis pesimista y riguroso; Leblanc, la vitalidad de un humorista que no quiso llegar más allá de su propio divertimento. La cuestión quizá está en saber aceptarlo tal como es y en divertirse con él a partir de su propio planteamiento.

Conocido más en sus leyendas que en sus auténticas aventuras (leyendas que también fomentaron las versiones cinematográficas de las novelas, en realidad más adaptaciones de una imagen que del personaje auténtico), Arsénio Lupin merece ser seguido en sus complicaciones, aunque sólo sea con el fin de tratar de proponer diferentes soluciones a sus problemas; Leblanc reta en sus novelas a que el lector cierre en un momento dado el libro y solución él el entuerto de turno. Una vez continuada la lectura, las sorpresas irán en aumento. La fantasía de Maurice Leblanc no es fácilmente imitable. ■ D. G.

Reflexión sobre la muerte

Acaba de salir al mercado del libro una reflexión sobre la muerte, este tema tan desgastado. El libro es la segunda edición, sin revisar, de una novela que se publicó en Tenerife, sin pena ni gloria, en los años cincuenta. En aquel entonces la sensibilidad insular no estaba para asimilar la metafísica de la muerte, porque la física de la muerte quedaba demasiado próxima. Sin em-

bargo, aquel libro (1) era una lúcida demostración de que se recordaba el poder de reflexión que caracterizó a los insulares enfrentados con la gloria y la derrota de su propio aislamiento. «Fetasa» fue la revolución dentro de la aquietada literatura de aquel tiempo. Asomaban a esta literatura, onírica o telúrica, los dientes de Kafka, las novedades de Joyce y el exabrupto de Céline. Isaac de Vega, un insular solitario, representaba todas esas corrientes, pero no conocía ninguna. A las islas llegaban las culturas con retraso. La mampara que nos separaba del exterior era entonces mucho más tupida. Sin embargo, «Fetasa», con ser una obra introvertida, se inscribía en la zona no sacra de la literatura universal. Mérito o demérito, la universalidad de De Vega era un hecho y, quizá por eso, los amedrentados de entonces silenciaron este libro silencioso. En estos días ha salido la segunda edición de «Fetasa», promovida por una editorial de Las Palmas, Inventarios Provisionales. La obra, en este momento, juega el papel de papiro rescatado: de qué manera la soledad cultural pudo haber dado una obra tan lúcida, en nuestro entorno, podría ser el tema de un sociólogo de la literatura de los países subdesarrollados. ¿Cómo pudo Kafka, al que el autor no conocía, introducirse por las rendijas de los abalorios de estas islas? No es, sin embargo, el reencuentro de Kafka en el libro su mérito exclusivo, por supuesto.

Decimos que «Fetasa» (nombre de una especie de religión sin sacrificar, inventada por otro novelista insular, Rafael Arozarena) es un alegato lúcido sobre la muerte. Roza este alegato, aparte de la formalidad textual de Kafka, por citar un ejemplo próxi-

(1) «Fetasa», de Isaac de Vega. Goya Ediciones. Santa Cruz de Tenerife. 1957.

mo, los mundos insólitos y los mundos reales. La lectura de la novela los confunde, y en un momento determinado, el espectador, además de convertirse en el mismo ser moribundo que protagoniza la obra, los confunde, y ya no sabe si el mundo de las sensaciones reales no es verdaderamente el mundo de la muerte. La muerte la ve Isaac de Vega como puede verse el Teide o como se puede contemplar el mar: con la misma sensualidad geológica: la muerte se observa como una fatalidad violenta, y en ese sentido cabría asimilar esa visión del autor de «Fetasa» a su condición de naturalista isleño, de naturalista en una tierra donde la violencia es conatural al paisaje.

A pesar de que el tema parece que lo favorecería, Isaac de Vega huye, para construir su novela, del enigma. Huye del enigma como recurso formal, y aprovecha todos los medios técnicos más precisos —él es un riguroso escritor— para esclarecer lo que no es otra cosa que un enigma fundamental. El ambiente de la obra, en contra de esa exigencia que el autor se impone de ser limpio y claro, llega a ser viscoso y cruel, magnético. Lo cual quiere decir que el autor ha sido vencido por el tema, y que la viscosidad de la muerte entra en «Fetasa» a formar parte, con olor, con sabor, con todas las sensaciones posibles, de la misma hechura del libro.

Un libro magnético en el que hasta la referencia al mar adquiere la tortuosa música de la agonía que preludia a la muerte. ■ JUAN CRUZ RUIZ.

Vergílio Ferreira: También existe una novela portuguesa

Con frecuencia entramos en contacto con un autor extranjero a tra-

vés de un libro último. Es necesario luego recomponer toda su trayectoria. De Vergílio Ferreira pudimos leer el año pasado la traducción de «Nítido nulo», que es una novela fechada en 1971. Ahora, «Alegria breve», obra de 1965 (1). Con Cardoso Pires, otro novelista portugués, nos ha pasado algo parecido. Sin embargo, en el caso de Vergílio Ferreira la cosa no tiene importancia, ya que nos encontramos ante un autor siempre idéntico a sí mismo, obsesionado fielmente por la misma problemática existencial, extrañado dolorosamente de la vida, en pugna constante con la retórica para poder llegar a una realidad radical. De hecho, el propio novelista, como nos ha recordado Saraiva (2), reconoce que sólo le preocupa un único tema: «Yo tenía el problema de justificar la vida frente a la inverosimilitud de la muerte. Y nunca, hasta hoy, he sabido inventar otros». Supongo que hoy seguirá manteniendo estas palabras escritas en 1959 en «Aparição», a juzgar por las dos obras traducidas al castellano. Ambas tienen una idéntica lectura, hasta el punto que podrían leerse complementariamente. En pocas ocasiones nos ha resultado un lenguaje tan familiar como cuando pasamos de una obra de Ferreira a otra. Ya en «Alegria breve» encontrábamos no sólo la misma preocupación básica, sino incluso se nos hacían familiares términos como nítido o nulo que darían lugar al título posterior. A su vez, en «Nítido nulo» se ve aflorar la misma rara alegría que sirvió para destacarla en el título: «Hay una alegría absurda en la playa desierta y llena de luz. Sólo yo, pero separado

(1) «Alegria breve», Vergílio Ferreira. Seix Barral. 1973. Barcelona; «Nítido nulo», Vergílio Ferreira. Seix Barral. 1972. Barcelona.

(2) «Breve historia de la literatura portuguesa», Antonio José Saraiva. Ediciones Istmo, Madrid.